

luó la calidad de los animadores y animadoras salesianos de las obras. En tercer lugar, los alumnos realizaron una ponencia en torno a la realidad del adolescente, y plantearon las metas que la pastoral estudiantil nacional debe alcanzar.

Los resultados obtenidos son ricos en contenido y marcan un camino para evolucionar en la calidad de trabajo de la pastoral estudiantil.

### San José, Costa Rica.- Damas Salesianas

El 27 de agosto nueve Damas Salesianas hicieron su promesa en la capilla del Colegio María Auxiliadora. Las Damas Salesianas tienen en Costa Rica varias obras en beneficio de personas pobres. Pronto se firmará un convenio entre Salesianos y Damas Salesianas con la finalidad de que éstas dirijan el Centro Infantil en CEDES Don Bosco, en Alajuelita (San José). Esta nueva obra cuenta con instalaciones modernas y bellas, y forman parte del conjunto de edificaciones salesianas en el lugar. Tiene una capacidad para 100 niños de prekinder, kinder y preparatoria.

### Guatemala — Pastoral en escuelas públicas

Doce escuelas públicas y dos colegios privados del territorio de la Parroquia Divina Providencia reciben formación religiosa sistemática de acuerdo a un complejo programa de atención pastoral coordinado desde la parroquia.

El P. José Luis Ruiz y el diácono Lidier Martínez animan, coordinan y forman un grupo de catequistas, que se distribuyen el minucioso trabajo catequístico. El consejo de catequistas se reúne mensualmente para planificar esta exigente pastoral de educación en la fe.

Además de la formación sistemática que se imparte en las aulas, hay celebraciones especiales como la fiesta de Don Bosco y de María Auxiliadora, así como la Pascua. Los alumnos de sexto grado tienen también la oportunidad de participar en un retiro espiritual anual.

### Guatemala- Misiones de Alta Verapaz

La construcción de la nueva iglesia en la misión salesiana en Raxruhá está en fase avanzada. Paredes y techo ya están en su lugar. Ahora toca el turno a puertas y ventanas. Sin embargo, ya está en uso. Cada domingo hay misa en qeqchí y misa

en español. Sus mil metros cuadrados de extensión acogen fácilmente a dos mil personas. Se calcula que será inaugurada el 8 de diciembre próximo. Es una iglesia pentagonal (nada que temer a aviones locos) adaptada al tremendo calor del lugar. ADVENIAT ha contribuido con el 45% del costo. El resto se logra con el trabajo generoso de la gente más algunas contribuciones de USA. El P. Ovidio Tubac, arquitecto, ingeniero y capataz de la obra, está orgulloso de esta catedral (sólo le falta el obispo) construida en un lugar tan remoto de Guatemala.

## SANTIDAD SALESIANA

### Artemides Zatti

# Un ángel se hizo enfermero

**D**on Bosco se fue al cielo en 1888. Un año más tarde, en Boretto de Regio Emilia, un niño de nueve años comienza a trabajar. No sabe quien es Don Bosco, pero un día en Argentina lo llamarán el “Don Bosco de los pobres”. Y ahora, sin saberlo, repite la dura experiencia de Juanito Bosco en la granja Moglia. En una amplia hacienda agrícola trabaja de peón. Levantarse a las tres de la mañana, un trozo de polenta para masticar y despertarse del todo, y luego, a los campos. “Muchacho trabajador” hasta los dieciséis años, con jornadas de sol a sol.

Ese muchacho se llama Artémides Zatti, y al volver a casa oye que el padre y la madre hablan de ir a América. En Bahía Blanca, Argentina, vive un tío suyo emigrado allí, que les escribe di-

ciendo que allá abajo quien tenga ganas de trabajar puede vivir bien. En cambio en Italia en aquellos tiempos un jornalero tiene pocas posibilidades de vivir.

En 1897 (Artémides tiene diecisiete años) los Zatti parten. El tío los espera, y ayuda al padre a montar un puesto de venta en el mercado. Artémides trabaja fabricando ladrillos.

En Bahía Blanca hay muchos anticlericales, pero los Zatti los domingos están todos en la iglesia. La iglesia está dirigida por los salesianos de Don Bosco, llegados a Argentina 22 años antes. El párroco se llama Carlos Cavalli, y Artémides le echa una mano para tener la iglesia en orden, para acompañarlo en la visita a los enfermos, cuando no está ocupado con los ladrillos. Don Carlos le pone en las manos la Vida de Don

Bosco, y Artémides la lee de un tirón. Y en la cabeza le nace una idea: “¿Y si yo también me hiciese salesiano?”.

Artémides tiene ya diecinueve años, y lo comenta con su padre. El buen hombre responde: “Eres mayor, puedes decidir sobre tu vida. Pero piénsatelo bien. Porque si comienzas un camino debes continuarlo hasta el fin”.

Las casas salesianas son numerosas en Argentina, y están esparcidas un poco por todas partes. La que acoge a los jóvenes que desean prepararse a la vida salesiana es la de Bernal, cerca de Buenos Aires.

Llega a Bernal un joven salesiano aquejado de tuberculosis, y Artémides se ofrece para cuidarlo y asistirlo. El salesiano, consumido por la tuberculosis, muere. Artémides, veintidós años, está consumido por una tos pertinaz y una fiebre que le ataca todos los días hacia el atardecer. Le visita un médico, que diagnostica tuberculosis, el doctor pregunta a los superiores “No tienen una casa en los Andes, con aire fino y oxigenado?” Pues si quieren salvarlo, mándenlo allá”

La casa está. Pero para alcanzarla, Artémides debe hacer un viaje demasiado largo, un viaje que lo puede derrumbar. Artémides viaja a Bahía Blanca. Don Carlos escribe inmediatamente a los superiores: “Artémides no irá a los andes, sino a la casa salesiana de Viedma. Allá hay un aire bueno y un estupendo doctor. Y se curará”.

En Viedma surge la única obra salesiana dotada de un hospital y una

farmacia. Los misioneros los tuvieron que construir 14 años antes. La ciudad era un amasijo de pobres casas en las que se amontonaban aventureros, indígenas, soldados. Cualquier enfermedad podía ser mortal, ya que faltaban hasta las medicinas más elementales. Un sacerdote salesiano, don Evasio

Garrone, había sido enfermero en el ejército italiano, y Mons. Cagliari le había encargado poner en pie una farmacia. Don Garrone fue declarado “médico” al instante, y comenzó en la farmacia una extraña contabilidad: los ricos pagaban las medicinas

**Llega un pobretón cubierto de harapos. Se le atiende y se le cura, pero no puede marcharse vistiéndose de nuevo aquellos harapos. Zatti va a una familia: “No tienen algún vestido para prestar al Señor?”. Sacan fuera un vestido gastado. Y él: “No tienen otro mejor? Al Señor tenemos que darle lo mejor que tenemos”.**

nas a un precio doble, los pobres no pagaban nada. Al lado de la farmacia había una cuadra. La limpiaron, la desinfectaron, se la proveyó de una cama y un colchón. Surgió así también el hospital para los enfermos a los que no se podía cuidar en sus casas.

Marzo de 1902, Artémides llega a Viedma y escribe a su madre: “Con mucha alegría me he encontrado

con mis queridos hermanos salesianos. Respecto a mi salud, me ha visitado el médico, padre Garrone, y me ha asegurado que en un mes estaré curado”. En realidad, la curación de la enfermedad no duró un mes, sino dos años.

En 1908, a los veintiocho años de edad, Artémides pronuncia sus votos perpetuos: es salesiano para siempre. Después de haberlo consultado con los superiores, decide dejar los estudios sacerdotales y dedicarse a ayudar a don Garrone.

En 1911 don Garrone muere. De golpe, Artémides Zatti se encuentra él solo al frente de la “Farmacia de San Francisco” y del “Hospital de San José”.

En 1913 los deseos de Artémides comienzan a realizarse: se pone la primera piedra de un nuevo hospital. Para comenzar, se construirá solamente la planta baja, pero apenas llegue el dinero, encima se construirá la primera planta



El trabajo mayor es siempre el de reunir el dinero necesario para que hospital y farmacia continúen con la acostumbrada norma: quien tiene, paga; quien no tiene, no paga. Cuando las cuentas están en números rojos, Zatti monta en su bicicleta, se encasqueta el sombrero y va a pedir limosna. Llama a las casas de los pocos ricos: “Don Pedro, ¿podría prestar cinco mil pesos al Señor?”, “Al Señor?”, pregunta estupefacto el rico señor. “Si, don Pedro. El Señor dijo que lo que hacemos por

## Los comienzos



los enfermos se lo hacemos a él. Es un buen negocio el prestar al Señor”.

Llega un pobretón cubierto de harapos. Se le atiende y se le cura, pero no puede marharse vistiéndose de nuevo aquellos harapos. Zatti va a una familia: “No tienen algún vestido para prestar al Señor?”. Sacan fuera un vestido gastado. Y él: “No tienen otro mejor? Al Señor tenemos que darle lo mejor que tenemos”. Llega un indígena sucio y derrengado. Zatti grita a la enfermera: “Hermana, prepare una cama para el Señor”. Y cuando llega un muchachito hambriento y andrajoso, pregunta a la hermana: “Tiene una sopa caliente y un vestido para un Jesús de diez años?”

19 de julio de 1950. El depósito de agua tiene una avería. Bajo la lluvia Artémides Zatti (setenta años) se sube a una larga escalera de mano para arreglarla. Resbala un pie, la escalera se leadea. Una caída grave, la cabeza herida, todo el cuerpo magullado. Prueba a decir: “No es nada”, pero ni él mismo se lo cree. Siente un dolor persistente en el costado izquierdo, molestias continuas: “Es un tumor en el páncreas. No se preocupen, porque no existe ningún remedio”.

Alguno le sorprende llorando en silencio y disimulando enseguida las lágrimas como si fueran una culpa. “¿Sufre?”, le preguntan. Y él: “No se trata de eso. Es que soy un hombre viejo, ya inútil”.

Pide la unción de los enfermos, renueva las promesas bautismales y los votos religiosos. A quien le pregunta “¿Cómo va?”, le responde de una manera rara: “Hacia arriba”. Y mira hacia arriba.

El Señor viene a llevárselo el 15 de marzo de 1951. Aquel Señor al que Artémides Zatti no le prestó su vida, sino que se la entregó.

Una tarde de aquellos primeros domingos, atravesaba don Bosco la iglesia para ir a la sacristía al tiempo que estaban predicando. Vio sentados en las gradas de un altar lateral a unos muchachos albañiles, que dormitaban en vez de escuchar. En voz baja les preguntó:  
- ¿Por qué dormís?  
- No entendemos nada, respondieron; ese sacerdote no habla para nosotros.  
- ¡Venid conmigo!

Se los llevó a la sacristía y los invitó a acudir con los otros a su catecismo. Estaban, entre estos jovencitos, Carlos Buzzetti, Germano y Gariboldo.

De este modo iba creciendo de semana en semana el número de catecúmenos, a los que don Bosco recomendaba siempre que llevaran cuantos más compañeros pudiesen. Su propósito era conducirlos a Dios con el cumplimiento de los divinos mandamientos y las leyes de la iglesia. Se las arreglaba enseguida para que observaran el precepto de oír la santa misa los días festivos. Les enseñaba las oraciones de la mañana y de la noche, inculcándoles vivamente esta práctica de piedad, y los iba preparando para hacer una buena confesión.

Desde el principio se les permitió que, al salir del catecismo, pudieran jugar en la plazoleta que había frente a la iglesia. Pero, ((77)) don Bosco, durante aquel invierno, se limitó a cuidarse sólo de algunos de los mayorcitos que, por ser forasteros en Turín y vivir lejos de la familia, estaban más necesitados de

instrucción religiosa. Eran en su mayoría albañiles, procedentes de la parte de Biella y de Milán. El sacristán ya no tenía nada que oponer, porque don Bosco, con constante afabilidad y algún regalillo le había convencido del gran bien que se venía haciendo. Le hemos conocido ya muy viejo, en 1891, y guardaba un grato recuerdo de don Bosco. Los jóvenes adelantaban en el conocimiento de las verdades de la fe y los resultados morales eran evidentes y consoladores.

Entretanto don Bosco, con el ánimo que infunde el verdadero amor al prójimo, iba por la ciudad y buscaba patronos a quienes recomendar, ora a uno, ora a otro de sus protegidos, para sacarlos del ocio y tenerlos lejos del vicio. En el día de Navidad algunos de aquellos jovencitos recibieron en su corazón a Jesús sacramentado y la alegría que se transparentaba en sus rostros se reflejaba en el corazón de don Bosco, que experimentaba en sí mismo los consuelos de todos sus queridos alumnos. El Señor premiaba así la humildad con que se dejaba guiar en todo.

Memorias Biográficas II, 7,68